

“Pedacitos míos”

Los nombres de Elizabeth.

Mi mamá fue la autora de mi nombre, mi papá estuvo de acuerdo. Lo eligió por la heroína de Jane Austen. Cuando pienso en mi mamá, la veo con un libro. Su mesita de noche está llena de ellos, y, a diferencia de los pacientes en las citas médicas, no esperan mucho para ser leídos. Cuando se queda a dormir en la casa porque cuidó a mis hijos, la encuentro dormida con la luz, el libro en la mano y los lentes a media nariz. Es la misma imagen de mi infancia, solo que ahora su pelo es nieve.

Elizabeth es un nombre muy largo para una persona tan pequeña (de estatura, no de espíritu) pero me gusta por lo que significa: mi mamá y la literatura. Mi nombre ha ido cambiando, se transforma. Como decía el profesor de biología: nace, crece, se reproduce y muere.

Mi papá siempre me ha dicho Eli, me fascina. Mi mamá “pumkin”, “sweetie”, “honey” y cariños al estilo gringo. Daniela, mi hermana, me dice “sorella”.

Al llegar a la prepa mis amigos me bautizaron “wera” (ya sé, muy original, ¿no?) y en la universidad me decían “chiquita”. Fue en esta época universitaria que me nombré Liz, al presentarme o al dar mi teléfono a alguien. “Liz es más corto”, fue lo que pensé. Después de mi autonombamiento, mi mamá me contó que a mi abuela Lucille, sus hermanas le decían Liz. Siempre quise conocer a mi abuela materna, murió dos meses antes de que yo naciera. Imagino que estamos conectadas, que nos vimos en las puertas de “Entrada” y “Salida” del pasillo. Que nos reconocimos y deseamos suerte. Su sonrisa en mi cara fue su legado. Así que Liz ha estado en la historia de familia.

En el año 1999 nació Beth, mientras estudiaba el primer año de carrera en Boston. Beth se sentaba en la ventana invernal y buscaba al sol “pareces girasol, hija” me decía mi mamá, con su paliacate y fleco falso para ocultar la caída de su pelo por la quimioterapia. El cáncer de mi mamá me afectó tanto que por eso a mi regreso a México maté a Beth o, más bien, la enterré debajo de la nieve bostoniana.

La historia de mi nombre es la historia de mi vida y lo que me ha marcado son las personas que me han nombrado: héroes y heroínas con capas invisibles, hojas del árbol genealógico, amores pasajeros y amores enterrados. Amores permanentes e irrompibles. Mi nombre es como una casa en construcción, y seguirá renovándose hasta el final (de mi existencia).

Grandes esperanzas.

La primera vez que vi “Grandes esperanzas” de Alfonso Cuarón, tenía diecisiete años. Nunca voy a olvidar el sentimiento que me provocó el final: lloré y lloré y lloré. El perdón tiene ese efecto en mí, el perdón de verdad. Stella era juzgada por los demás, pero nadie (ni ella misma) en realidad profundizaba sobre su historia y sus intenciones. Finn entendió y perdonó. Perdón, perdonar. Amar. Primos hermanos.

“Dicen que la belleza se mide de la estatura al cielo”, les decía alegremente a mis amigos en la prepa. Desde que recuerdo, soy la primera en las filas escolares. Esta imagen de niña, que siempre he tenido, ha hecho que refleje cierta debilidad o incapacidad. Creo que todos lo hacemos, juzgamos sin ir más allá.

Honestamente, me encanta mi estatura y creo que, en el fondo, nunca he dejado de ser una niña. La infancia representa para mí un refugio del mundo en el que vivimos, del mundo en el que viven millones de mujeres que son abusadas, abandonadas, violentadas...margaritas que florecen en el chapopote. La infancia para mí representa inteligencia, es una fortaleza con ladrillos coloridos.

A mi mamá le pasa algo similar, las personas la ven como alguien débil o que puede dejarse influenciar con facilidad. Para mí, ella tiene una inteligencia emocional maravillosa. Como buena bibliotecaria, sabe que el silencio es un arma poderosa. Otras personas, la perciben como bondadosa y confiable. Nuestra imagen ante los demás es muy similar. Me identifico mucho con mi mamá, heredé un pedazo de su reflejo.

Entonces, no soy alta ni robusta, tampoco soy débil (creo que ninguna mujer lo es). Sí soy tranquila y reflexiva, con el tiempo me he vuelto más introvertida.

Mi conflicto interno desde la adolescencia siempre fue que no encontraba mi vocación. La elección de la carrera fue complicada, quería estudiar diseño gráfico o textil, pero por miedo no lo hice “no sabes dibujar, imagínate en la clase con todos tus compañeros expertos y tú sin saber nada, vas a fracasar” fue el comentario de la maestra de orientación vocacional en la prepa. Comentario que me dejó una marca en la autoestima juvenil. En la casa, mi papá me lo dijo hasta el cansancio “no importa que no sepas dibujar o copiar idéntico, para eso puedes contratar gente en el futuro. Lo importante es la creatividad. Estudia lo que quieras”. Tenía razón, pero a los dieciocho años, ¿qué sabía yo de la vida? Muy poco. Siento que todavía no encuentro mi verdadera vocación. Mi papá la descubrió en la universidad y sigue en el mismo camino. Siempre lo veo trabajando con una pasión desmedida. Es impresionante. Tal vez por eso el tema de la vocación se me hace tan complicado. Siento que influye para poder construir la imagen de una persona. Influye para describirme a mí y esa parte todavía está inconclusa, es un bosquejo. Entonces, soy esa niña que sigue buscando a la Sra. Vocación.

Esa niña también es mamá. Y sí, soy esa mamá preocupada por el bienestar de sus hijos y cansada por la rutina física y emocional que el traje de la maternidad trae bordada con hilos invisibles. Me da miedo que mis hijos sufran o que les pase algo, que los lastimen. Me da miedo que pasen los años y se dejen de hablar, como sucede en muchas relaciones de hermandad. Mi hermana es uno de los regalos más significativos en mi vida, ahora con mamá y papá más grandes empezamos a ver como el reloj pronto se quedará sin pila. Hay que cuidarlos. Daniela y yo, juntas. Reímos y lloramos. Pensar que mis hijos no estén unidos el resto de su vida, me pone triste. Me da miedo la muerte sin aviso, esa que está cargada de tragedia e incertidumbre. Esa que deja niños y niñas huérfanos “siempre te llamaron la atención las historias de niños abandonados o sin papás” me dijo mi papá hace muchos años, cuando le enseñé uno de mis cuentos. Creo que sí, y creo que es porque me siento muy afortunada por la infancia que tuve. Agradecida por la casa donde me tocó nacer y crecer. La justicia es un espejismo.

Escribir este texto ha sido confuso y difícil, porque tengo muchas ideas y sentimientos en la mente, pero no puedo ordenarlos tan fácil. El papel y la pluma imaginaria (porque estoy en la computadora) ayudan mucho, van deshaciendo mi imagen borrosa para construir a esa adulta – niña que soy.

En la película, Stella y Finn se conocen cuando son niños. Entre risas y música de la naturaleza. Ambos son criados por personas que no son ni su mamá ni su papá, viven un tipo de orfandad. Aun así, la esperanza cura sus corazones rotos. Los ayuda a volver a intentar, a querer vivir. A cambiar.

¿Cuál es mi mundo? Las personas que amo. Eso es lo que tengo claro, como los peces tienen clara la corriente y las aves la ruta. Y mi esperanza es esa: que las personas de mi planeta sepan enfrentar la vida con el corazón abierto para perdonar (a los demás y a ellos mismos).

Cuatro ecos.

“Una de las cosas más afortunadas que te pueden suceder en la vida es tener una infancia feliz”. Agatha Christie.

Édith

Cuando era niña y viajaba en el coche con mis papás y mi hermana había una regla de oro: la música se elegía por turnos. Daniela y yo siempre molestábamos a mi papá por su gusto musical, Pedro Infante y ópera eran sus elecciones favoritas. A mi hermana no le molestaba tanto esta regla de turnos musicales, pero a mí me desesperaba, a mi egoísmo infantil le urgía poner el último cassette adquirido con los domingos ahorrados. Siempre les decía que cuando fuera cineasta, cosa que nunca fui, mi película trataría sobre el poder de la música (muy original ¿no?).

Cuando era el turno de mi mamá no me quejaba tanto, a ella le gustaban más géneros musicales y me gustaba escucharla cantar. Uno de los cassettes que daba de comer al estéreo del coche era el de Édith Piaf. A pesar de que no entendía ni pio de lo que estaba cantando, algo se quedaba grabado en mi

cabeza. Flotaba del asiento y volaba, como las manadas de pájaros, por la carretera México-Puebla.

Años, muchos años después, salió en el cine *La vida en rosa* protagonizada por la actriz francesa Marion Cotillard. Ese año, sentada en mi butaca y con palomitas en mano, conocí la historia de Édith. Al final la pantalla cantó *Non, Je Ne Regrete Rien* y en ese momento mi infancia se atoró en mi pecho. Imágenes sin sonido, más que el fondo de la canción, se colaron en mi cabeza: mi mamá en el asiento del copiloto cantando, mi papá amarrado al volante y mi hermana dormida en el asiento junto a mí. Árboles. Neblina de Río Frío. Carretera. Viento. Creo que nunca he dejado de ser una niña, que no quiero dejar de serlo.

Lo primero que pensé cuando dijeron “escribe sobre una mujer que admires” fue en esa película, en Édith.

La vida de Édith estuvo tejida por tragedias: su madre la parió sola en una calle. Después estuvo un tiempo con su abuela materna, quien en lugar de leche le daba vino. Pasó a brazos de su papá quien inmediatamente la dejó con su mamá, abuela paterna de Édith, porque él tenía que ir a la Primera Guerra Mundial. Creció en un burdel criada por prostitutas. Más tarde, su papá y ella se dedicaron a cantar en las calles para juntar dinero. Uno de sus grandes amores muere en un accidente de avión y ella se vuelve adicta a la morfina. En fin, tragedias entran y salen a su vida. Aun así, ella continúa presentándose en lugares para cantar, aun cuando su salud la tenía al borde de la muerte.

Al reflexionar sobre porqué la historia de esta mujer me pone la piel chinita, porqué pensé en ella como alguien que admiro, retomo unas líneas de una escena de la película. Edith está en el mar con una reportera que está haciendo una nota sobre ella:

-Si tuviera que darle un consejo a una mujer, ¿Cuál sería? -

-Ama -

- ¿Y a una joven? -

-Ama-

- ¿Y a una niña? -

-Ama-.

¿Cómo alguien que ha sufrido tanto abandono en la vida puede contestar así? Toda esa escena me conmueve porque además sé que hay millones de mujeres que viven y sufren situaciones similares o peores y están aquí, nadando con banderas de amor en lugar de odio. Montadas sobre un barco que todavía tiene velas de anhelos, que ríen y cantan. La vida de Édith fue tan pero tan diferente a la mía que por eso me abrumba y asombra, sobre todo por esa respuesta. Esa respuesta que no dejó de sonar en mi cabeza por semanas en aquel 2007... “Ama, ama, ama”.

María.

Crecí en la ciudad de México, muy cerca de la alberca olímpica. La casa tenía un portón de madera y muchas ventanas, bañadas de luz. Hace un par de días, estuve por Coyoacán y pasé a esa casa. La madera se transformó en metal, había cables y cámaras de seguridad. Los colores eran opacos, el número 25 plateado y brillante. Me arrepentí de haber ido, ¿será que el pasado me da cierta tranquilidad? Amé esa casa, sus rincones están tatuados en mi corazón.

Viví nueve años en la capital, recuerdo que mi mamá nos recogía todos los días de la escuela, caminábamos un largo trayecto en el que había mucha tierra y un “río” al lado, platicábamos del día, los amigos y el lunch. Fui a una escuela Montessori, de niña para mí esto era “normal” pero después entendí que el sistema era diferente a otros y que había muchas teorías sobre él. En la secundaria lloré varias semanas porque me costó mucho trabajo adaptarme a las clases en el sistema tradicional, me aburría y me molestaba como algunas maestras me decían con un tono despectivo “ah, la niña Montessori”.

Cuando me convertí en mamá, hace casi seis años, empecé a investigar sobre sistemas educativos y la oferta escolar. Concluí que el panorama seguía siendo muy similar al de antes. Fue entonces que me topé con una biografía sobre María Montessori, escrita por una periodista italiana. Devoré el libro sobre la vida de María, una mujer persistente y, en muchos sentidos, difícil. Feminista y valiente, escondió su embarazo y dejó a su hijo con el papá porque sabía que si era abierta sobre ello la iban a quitar de cualquier ámbito laboral y profesional, ella era la

única mujer en la facultad de Medicina. Al leer su historia, lo que más me llamó la atención fue la forma en que creó su método: observando a los niños. Fue a partir del contacto con unos niños abandonados en un tipo de manicomio que empezó a imaginarse un sistema para ayudarlos. Como buena científica, observaba y anotaba. Puso la mirada en los niños, no en los libros, no en las teorías y mucho menos en los adultos. Solo observó, por muchos años, a los niños. Esa, para mí, fue la clave de su éxito.

La maternidad es un shock, un cambio lleno de incertidumbre y angustia y muchos prejuicios. A leer sobre María aprendí que debo escuchar y observar más a mis hijos porque ellos, en muchas ocasiones, son más inteligentes y abiertos.

María se ha convertido en uno de mis ecos, igual la tengo grabada desde mi niñez, pero hasta ahora que he leído más sobre su vida, lo hago consciente. Ella me recuerda que la infancia es la esperanza y la sabiduría, la empatía y la salvación. Amo la mente de los niños, por eso mi obsesión por la literatura infantil. Mente virgen, no hay prejuicios ni racismos ni elitismos. Llena de posibilidades y de imaginación. Ella me recuerda que la libertad es uno de los regalos más grandes que podemos dar.

Laurita.

*“Tú haces el silencio de las lilas que aletean
en mi tragedia del viento en el corazón.*

*Tú hiciste de mi vida un cuento para niños
en donde naufragios y muertes*

son pretextos de ceremonias adorables.” Alejandra Pizarnik

Era septiembre de 1996, estaba por cumplir quince años. Era el primer día de escuela, preparatoria nueva. Nunca he sido buena para adaptarme a los cambios. Las manos me sudaban en el coche mientras mi papá me llevaba al destino.

Enseguida busqué a Natalia, mi amiga de la primaria que iba a esa prepa. Un alma conocida para no sentirme tan insegura. Natalia me saludó y me llevó a nuestro salón, me presentó a algunos compañeros y luego a su amiga Laura.

Me tocó sentarme delante de ella y de inmediato me empezó a preguntar sobre mi vida “ah yo también cumplo quince años este mes, ¡somos el mismo signo!” me dijo con emoción.

Laura es jarocho y sí, se la pasaba bailando y cantando durante las clases. Me impresionaba la falta de pena que tenía, la simpatía que se le desbordaba. Los mismos maestros le pasaban bromas que a otros compañeros no, ella sabía darse a querer sin ningún truco mágico o estafa.

Nos hicimos amigas muy pronto, me invitaba a comer a su casa “ropa vieja” y salíamos a patinar o al cine. Laurita, como muchos compañeros y amigos le decían, se convirtió en mi seguridad. Me inspiró para que confiara en mí. Un sin número de veces me sermoneó con el famoso “no es tu culpa”. Se enojó cuando me rompieron el corazón. Me abrazó cuando sufrí alguna pérdida. Compartimos tantas risas, carcajadas. Hablamos de nuestros grandes amores, les dedicamos canciones. Cuando alguna salía de vacaciones, nos escribíamos cartas llenas de stickers y palabras de cariño. Cuando nos enojábamos, muy pocas veces, también nos escribíamos cartas de perdón. Laurita fue mi felicidad durante esos tres años de preparatoria.

Después fuimos a diferentes universidades, pero seguimos muy cercanas, ella despertó de un largo sueño adolescente para descubrirse de verdad. También estaba llena de inseguridades y miedos, solo que, a mis quince años, no me daba cuenta.

Ahora las dos somos mamás y seguimos en nuestras pláticas eternas, sintiendo lo mismo. Siempre decimos que somos como almas gemelas, que de viejitas estaremos en alguna casa angustiándonos por algo o riendo a carcajadas por algún recuerdo juvenil.

Laurita es el eco de 1996, su valentía y su seguridad las tengo metidas hasta el tuétano. Sus carcajadas jarocho retumban en mi espíritu cada vez que me siento triste o preocupada por algo. Laurita fue la salvación en una de las vitales épocas de mi vida.

Mamá.

Madison es una ciudad universitaria, tiene un lago que parece mar y muchos estudiantes alrededor, parece hormiguero humano. Cada verano iba de visita y mis papás me decían “en esa casa vivía tu mamá” se emocionaban siempre, igual. La casa es (porque ahí sigue) vieja y café, a pesar de esto parece una casa feliz. Para albergar a estudiantes debes tener cierta personalidad, esta casa la tiene. Y así, todos los veranos mi hermana y yo le pedíamos a mi tío pasar por esa casa. Los rayos del sol atravesaban la ventana, mientras saludábamos alegremente a los inquilinos invisibles.

Mi mamá nació en 1950, fue la más pequeña de tres. “El pilón” como les dicen a los hijos más chicos. Su hermano le lleva ocho años y su hermana seis. Si las teorías del orden de nacimiento existen y el más pequeño siempre es el consentido, mi mamá tiene la personalidad opuesta. Callada, observadora y pensante. Un libro siempre la ha acompañado desde que era adolescente “eran mis amigos y mi escape de las monjas”. Estudió en una escuela muy católica, las monjas les pegaban en las manos con una regla a los niños que no hacían sus deberes. Mi mamá lo confiesa siempre: “odié la escuela de monjas, la universidad fue lo mejor que me pasó”. Al terminar la preparatoria ella ya no quería estudiar, pensaba seguir los pasos de su hermana y estudiar una carrera técnica. Pero mi tía le hizo una carta en donde le aconsejó que entrara a la universidad, que siguiera estudiando. Creo que la mejor amiga de mi mamá siempre ha sido mi tía Jeane. Al ser la más pequeña, mi abuelo ya no la obligó a estudiar para secretaria y aceptó su ingreso a la universidad.

Entró a estudiar italiano en la Universidad de Madison, Wisconsin. La libertad e independencia la embriagaron, sus trabajos consistían en leer y leer más literatura, nadie le pegaba en las manos con una regla.

Conoció a mi papá durante su maestría. Se casaron y mudaron a la ciudad de México. Cuando llegó no entendía nada de español, mi papá nos cuenta que tenía que tomarla de la mano para cruzar la calle porque iba muy distraída y no estaba acostumbrada al tráfico ni movimiento. Años después masticaba el español y se movía en el transporte público sola.

Dejó de trabajar para cuidarnos a mí y mi hermana. Intentó dar algunas clases de inglés, pero por las distancias fue imposible continuar. Fue hasta que teníamos nueve y siete años que regresó a trabajar a una biblioteca universitaria. Cuando estudié en esa universidad, alumnos en el pasillo me detenían para preguntarme: “¿tu mamá es la que trabaja en la biblioteca? Es un encanto, siempre me ayuda”. Los ecos, lo que resuena una y otra vez. Mi mamá siempre resuena, y resonará, en mí. Lo curioso es que mucho de ese eco tiene angustia, preocupación, culpa. Aprendí eso de ella y entiendo muy bien porqué es así, el contexto y año en el que creció. La pérdida de su mamá... Cada día me doy cuenta en lo parecidas que somos, en esos ecos que resuenan. Son ecos que ella seguro no quiso transmitirme, pero están. Por otro lado, tengo ecos de sus risas y música, de las historias de mi abuela, de los viajes a Italia que hizo cuando era joven. Tengo el eco de su apoyo cuando lo necesitaba, ya sea para hacer una tarea o para cuidar a mis hijos una noche. Es inevitable tener el eco de una mamá, ¿no es así? Me gustaría que algún día ella se diera cuenta de lo mucho que vale, que dejara de preocuparse por nosotras y el mundo. Me gustaría decirle, en este momento (tal vez lo haga, ahora mismo), que gracias a ella tuve una infancia llena de luz.

Luz.

Mi punto de llegada es la consciencia de una infancia feliz y de la dura realidad que tenemos que enfrentar, me refiero a la incertidumbre de la vida. A los ciclos. A través de la escritura descubrí que estoy en una etapa llena de cansancio, estoy muy cansada y con miedo a lo que sucederá, como la muerte de mi mamá y papá, y, además, miedo ansioso a lo que la probabilidad dice que no sucederá, pero da vueltas en mi cabeza: mis hijos huérfanos a temprana edad, la muerte de uno de ellos antes que la mía. Me doy cuenta de que tengo mucha ansiedad y que esta flotó, como un cadáver en el mar, con la maternidad. No es la muerte lo que temo, es la forma en la que morirán o el sufrimiento previo o algún suceso insospechado. Estoy en espera de algo trágico, todo gracias a esa ansiedad. Me doy cuenta de que mis recuerdos seleccionan lo bello, porque ahora entiendo que mi mamá vive

todavía ansiosa, nerviosa, preocupada y eso me da mucha tristeza, me gustaría poder quitársela con una varita mágica. Me da temor pensar que yo seguiré con esa ansiedad los años por venir. Y todavía peor: que se la contagiaré a mis hijos.

Sigo confusa sobre mi propio futuro vocacional pero agradecida por las personas que la vida me ha regalado, muy agradecida. Reafirmo la importancia de la amistad, la verdadera amistad como la de Harry, Hermione y Ron. Observo que en el mundo es escasa, pero existe.

A través de escribir estos pedazos de mí, prendo todas las velas necesarias para que Lucila y Adrián tengan recuerdos felices y no solo recuerdos de su mamá cansada, corriendo todo el tiempo, gritando por cualquier tontería como que se regó el jugo justo después de haber limpiado la mesa. Sé que esto no se logra solo deseándolo, hay que tratar cada día de hacer las paces con la paciencia y, sobre todo, asesinar a la culpa. Asesinarla sin piedad.

Es curioso, recuerdo el pasado y me veo alegre, reflexiva, bailando (todo el tiempo), optimista, podría decir que ingenua en muchos temas, romántica. Me veo escuchando el último CD del momento, junto está mi hermana preguntándome “¿qué dice en esa parte?”. A los dieciséis años estaba segura, segurísima de que el “bien” triunfaría, como en todas esas historias fantásticas que amaba leer, llenas de hadas, gnomos y dragones carmín. Esa niña alegre y reflexiva sigue en mí, solo que está dormida, preparándose para despertar más madura, pero con el mismo vestido verde esperanza.

La escritura te hace encontrarte, entenderte más. Es espiritualidad e inmortalidad. Es alguien que debería estar presente todos los días, sobre todo en la vida de nosotras, las mujeres. Y entonces gracias a ella me encuentro haciendo el tiempo para escribir, aunque sea dos párrafos. Escribir y escribir. Dejar algo para que mis hijos puedan entender más de dónde vienen, dejarles plasmado que, a pesar de la fatiga física y emocional, son y serán amados para siempre. Porque al escribir reiteraré eso que creo es lo único que he tenido claro desde el día en que nací: solo el amor puede. Sí, suena muy cursi, pero ¿qué esperaban? La casa donde crecí estaba llena de ventanas, llena de luz.